

Las escuelas de formación en la Libia de Gadafi y el Batallón América: dos experiencias transnacionales del M-19 colombiano (1983–1987)

**Training schools in Gaddafi's Libya and the Batallón América:
two transnational experiences of the Colombian M-19 (1983–1987)**

Encarnación-Pinedo, Miriam

Universidad de Sevilla. Departamento de Historia de América, España

mencarncion@us.es

 <https://orcid.org/0000-0003-3137-2424>

Resumen

En este artículo se analizan las redes de intercambio y de formación entre la guerrilla colombiana del M-19 y el gobierno libio de Gadafi, así como el ejército guerrillero internacional que se conformó en el Valle del Cauca: el Batallón América. Estas iniciativas transnacionales se examinan a partir de entrevistas semiestructuradas a miembros de la guerrilla y documentación de archivo, con el propósito de aproximarse a los significados de estas experiencias para sus protagonistas.

Palabras clave: Batallón América, M-19, Libia, internacionalismo guerrillero.

Abstract

This article analyses the networks of exchange and training between the Colombian M-19 guerrilla group and Gaddafi's Libyan government, as well as the international guerrilla force that was formed in the Valle del Cauca: the América Battalion. These

transnational initiatives are examined on the basis of semi-structured interviews with guerrilla members and archival documentation, with the aim of understanding the significance of these experiences for those involved.

Keywords: Batallón América, M-19, Libya, guerrilla internationalism.

Recibido: 28 de agosto de 2025 – **Aceptado:** 6 de abril de 2026

1. Introducción

La política colombiana sufrió un importante desgaste durante las décadas de los sesenta y setenta a causa del inmovilismo del sistema bipartidista conocido como Frente Nacional, que resolvía para Colombia el turno cada cuatro años entre los dos principales partidos (el liberal y el conservador), y que marcaría el devenir político colombiano entre los años 1958 y 1974 (Acuña Rodríguez, 2016).

Aunque, en el plano económico, los años 70 y 80 supusieron una etapa de crecimiento e internacionalización de la economía colombiana, esto no se tradujo en la disminución de las desigualdades, provocando, por el contrario, malestar social y reivindicaciones por parte de los sectores populares (Parra Escobar, 1982). En este contexto, el fraude electoral en las elecciones del 19 de abril de 1970 fue entendido como una apuesta por continuar con el sistema político tradicional y favorecer al oficialista Misael Pastrana Borrero, en contra de la opción representante del cambio, encabezada por el general

Gustavo Rojas Pinilla,¹ mandatario de la ANAPO² (Acuña Rodríguez, 2015). Como consecuencia, se produjo la movilización de la población —principalmente la articulada en torno a la ANAPO— y se sucedieron las reivindicaciones, los comunicados y las acciones violentas. (Acuña Rodríguez, 2016: 196)

El surgimiento del M-19, tres años después del fraude electoral de 1970, es, por tanto, visto como síntoma de la crisis de representación, y como catalizador de nuevas formas de protesta y organización política (Villamizar, 1995). La nueva manera de expresarse políticamente repercutió también en los grupos armados y en las organizaciones políticas en general, que no estuvieron exentos de crisis internas y expulsión de sus miembros, lo que es fácilmente observable al interior de las FARC y de las Juventudes Comunistas de Colombia (JUCO).³ Algunos de ellos, descontentos con sus organizaciones primigenias, como Jaime Bateman, Carlos Pizarro o Iván Marino Ospina, terminarían formando parte del M-19 (Jaramillo, 2007; Lara, 1986). El germen de la organización lo

constituía, por tanto, la ANAPO Socialista, una bifurcación de la ANAPO hacia una propuesta más reivindicativa, conformada, en su mayoría, por jóvenes descontentos con el *statu quo* y los militantes provenientes de las FARC y otras organizaciones subversivas, que se aglutinaron en torno a la edición de la revista «Alternativa», fundada en 1973, en Bogotá. Desde un inicio, la organización se caracterizó por prestar más atención en su ideario al nacionalismo que a la teoría marxista (Holguín Pedroza y Reyes Sanabria, 2014). En sus propias palabras, los fundadores del M-19 decían formar parte de una «organización político-militar, patriótica, antioligárquica, antimperialista, que lucha por la construcción de un poder de obreros, campesinos y trabajadores en general» (M-19, 1978).

La primera acción relevante del M-19 tuvo lugar el 17 de enero de 1974. Se trató del robo de una de las espadas de Bolívar, de su quinta en Bogotá. Desde esta primera acción hasta la entrega de las armas por Pizarro al gobierno de Virgilio Barco, transcurrieron

dieciséis años. En 1990, tras catorce meses de conversaciones, se llegó a la paz y a la desarticulación del M-19 guerrillero para dar paso a la Alianza Democrática M-19 (AD-19), que significó la incursión de la guerrilla a la esfera política legal (Mancera, 2021). En el plano internacional, el M-19 participó en dos grandes colaboraciones: una en Libia y otra en el Valle del Cauca. Después de una semana de entrenamiento por parte de los libios, estos se dieron cuenta de que no era la formación de un ejército regular la que necesitaban los colombianos y, finalmente, fueron los miembros del M-19 los que terminaron formando a los libios.

Por otra parte, a finales de 1985, nació el Batallón América, en el Valle del Cauca. Se trataba de un esfuerzo revolucionario transnacional entre las distintas guerrillas sudamericanas, y es que en el Batallón América se iban a concentrar todas las compañías: la de Ospina; la del comandante Boris; la del comandante Oscar; las fuerzas especiales dirigidas por Álvaro Fayad (en ese momento a la cabeza del M19); la de Pizarro

(dirigente del Batallón América); el colombiano Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL); la guerrilla peruana Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA); la ecuatoriana Alfaro Vive ¡Carajo! (AVC); y la uruguaya MLN-Tupamaros.⁴ A través de las entrevistas semiestructuradas realizadas a siete miembros del M-19 entre los meses de marzo y julio de 2025, se tratará de dilucidar cuáles fueron las estrategias de colaboración implementadas por el M-19 en Libia y en el Batallón América, y el significado que dan los exguerrilleros a la experiencia transnacional de la que fueron protagonistas. Para ello, también se analizará la documentación oficial del M-19 (CeDeMa y Archivo Gorriti - UNMSM), así como prensa de la época.

Todo ello a través del método del Análisis Crítico del Discurso (ACD), entendiendo este no solo como un método más de análisis discursivo, sino como una línea de investigación que aúna este tipo de análisis con su contexto social y político, y es que al «describir estructuras discursivas, trata de explicarlas en términos de sus propiedades

de interacción social y, especialmente, de estructura social» (Van Dijk, 2016: 205), lo que hace al método especialmente relevante, pues el discurso se constituye como un conjunto de significados que van más allá de lo literal, de donde se desprende la necesidad de trabajar a partir de la inferencia y de su significado contextual (Santander, 2011). De modo que, en el presente trabajo, abogamos por el enfoque hermenéutico aplicado al análisis de las entrevistas semiestructuradas que nos permita comprender la interpretación del pasado que, a través del ejercicio memorístico, configura la identidad de los sujetos entrevistados (Llona, 2012). Es así como, a partir del método cualitativo aplicado al análisis de las fuentes orales, se abordarán los significados que constituyen la identidad de los entrevistados como expresión de su individualidad y del contexto que los sitúa en un marco colectivo (Halbwachs, [1925] 2004).

2. Estado de la cuestión

Sobre el carácter político del M-19, son varios los autores que señalan al grupo subversivo

como un movimiento populista, debido a sus acciones propagandísticas con fuerte impronta social y repercusión mediática (Aguilera, 2009; Ramírez, 1990). De la misma forma, Luna Benítez (2006) destaca la singularidad que representó el M-19 en medio del conflicto armado colombiano, debido a la ruptura que realizó con los modelos guerrilleros tradicionales, al priorizar el empleo de tácticas urbanas y propagandísticas. A su vez, Narváez (2012) caracteriza al M-19 como un movimiento de «populismo armado», heredero del «anapismo»,⁵ por valerse de tácticas innovadoras, generadoras de adhesión popular, las cuales le habrían valido, a principios de los 80, un 85% de aceptación popular (Velázquez, 2011: 60).

Por otra parte, para la mayoría de los autores la organización se inscribe dentro de la denominada «tercera ola guerrillera» de la nueva izquierda, por alejarse de la fórmula clásica del foco guerrillero en el campo y reivindicar un papel mayor del accionar urbano, así como por su eclecticismo ideológico (Pécaut, 2003; Gosse, 2008). Pero, sobre todo,

por constituirse como Organización Política Militar (OPM) y buscar amplias alianzas entre las fuerzas guerrilleras nacionales e internacionales (Castañeda, 1993).

Otra de las singularidades del M-19, objeto de revisión académica, es la impronta que caracterizó a la guerrilla en la búsqueda de la paz y la desmovilización. Estos autores consideran paradigmática la reinserción a la vida política del M-19 tras el cese de las acciones violentas. El M-19 constituiría, entonces, a partir del 89, un ejemplo de pacificación exitosa y reconversión a la política legal para los demás grupos insurgentes de Colombia —gracias, en buena cuenta, a su flexibilidad ideológica y pragmatismo político—, como queda patente en el conjunto de acuerdos y negociaciones firmados entre el M-19 y los gobiernos de Barco (1986–1990) y Gaviria (1990–1994) (Villamizar, 1995; Zuluaga, 1999). De forma paralela, Lizarazo (2010) y García Ruíz, Prieto Venegas y Silva Aparicio (2018) analizaron la exitosa adaptación partidaria del M-19 a partir de la formación del partido AD-M-19 que, aunque

de corta vida, les permitió participar en la política legal e implicarse de manera directa en la redacción de la Constitución de 1991 (Moreno Mancera, 2021). La adaptación partidaria por parte del AD-M-19 llegaba después del terrible precedente de la Unión Patriótica (UP), plataforma de convergencia de izquierdas conformada en 1984 como resultado de los acuerdos de La Uribe. A pesar de plantear propuestas democráticas, la UP sufrió la persecución y el aniquilamiento de muchos de sus militantes como consecuencia de la permisividad y negligencia del Estado colombiano (Cepeda Castro, 2006; Gómez Montañez, 2019).

También, desde el mundo académico, se ha prestado atención a la relación entre el M-19 y la cultura; en este sentido, no hay que olvidar que buena parte de sus cuadros fueron reclutados a partir de plataformas artísticas que se convirtieron en foros de discusión política, como sucedió en torno al teatro «La Mama», desde donde fueron reclutados para la guerrilla Eddy Armando, Peggy Kielland y Vera Grabe. La revista

Alternativa también es emblemática a este respecto, destacando como espacio cultural para la discusión política, desde la que se alzarían las principales voces del M-19 (León Palacios, 2008).

A su vez, el M-19, como muchos de los movimientos guerrilleros de la época, dio muestras de un marcado carácter internacionalista. En este sentido, el internacionalismo revolucionario de las décadas de los 60, 70 y 80 ha sido analizado en múltiples ocasiones. Quizá uno de los textos más resaltantes a este respecto sea el de Marchesi (2019), quien, en su célebre trabajo *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro*, sigue de cerca el recorrido de los jóvenes de la nueva izquierda latinoamericana que, en las décadas de los 60 y 70, mostrando su desazón con la izquierda tradicional, deciden que en la vía revolucionaria está la solución a los grandes retos que enfrentaba América Latina en el contexto de la Guerra Fría. Ese tejido de redes de la nueva izquierda latinoamericana es analizado también por Gardin (2004), a

partir del caso guatemalteco, para concluir que no es contra el propósito estadounidense de combatir al comunismo que se articula la izquierda latinoamericana, sino contra el esfuerzo norteamericano por acabar con todo atisbo de democracia social. En este sentido, en su afán de sobreponerse al contexto de la década de los setenta, se conformaría una oleada de movilización transnacional que refleja el carácter global de la nueva izquierda (Martín Álvarez y Rey Tristán, 2018). Al respecto, una reciente contribución al conocimiento del accionar de las guerrillas latinoamericanas lo ofrece el trabajo de Ríos y García de las Heras (2026), en el que se analizan casi treinta grupos guerrilleros, así como las interacciones que existieron entre muchos de ellos.

Para Harmer (2016), la influencia del Che Guevara en los jóvenes latinoamericanos y el ejemplo de su accionar en Bolivia, supuso uno de los primeros hitos internacionalistas, propiciando la colaboración entre los revolucionarios chilenos y el ELN boliviano. Por otra parte, una de las experiencias

revolucionarias transnacionales más analizadas por la literatura académica, como sostiene Cortina (2017), ha sido la de la Junta de Coordinación Revolucionaria, donde se aunaron los esfuerzos del ERP argentino, el MIR chileno, el MLN-Tupamaros uruguayo y el ELN boliviano. Se trataba de una coalición que buscaba acabar con el dominio norteamericano en la región y luchaba en defensa del anticapitalismo (Ríos Sierra, 2023; Sujatt, 2016; Hermida, 2024), idearios defendidos por la nueva izquierda a partir de los cuales se conformó una «comunidad imaginada transnacional de militantes revolucionarios» (Martín Álvarez y Rey Tristán 2018: 14).

La segunda experiencia transnacional más comentada, pero no analizada en profundidad, es la que constituye el eje central de este artículo: El Batallón América. Un trabajo que nos acerca a la historia del Batallón América nos llega de la mano de Díaz Maroto (2022), quien describe el contexto en el que surge el Batallón América y las características de este. El Batallón América también aparece en la

literatura testimonial de los militantes del M-19; un buen ejemplo de ello lo constituye el texto de Yamel Riaño, quien, en diálogo con Jaime Jaramillo Panesso, entiende el Batallón como un intento de llevar el internacionalismo revolucionario a la práctica en Sudamérica, a partir del ejemplo bolivariano de unidad continental y lucha antimperialista, aunque reconoce el fracaso que supuso el Batallón América (Jaramillo, 2007). Vera Grabe, quien fuera militante del M-19 desde su fundación, también reconoce el fiasco del Batallón América, y lo sitúa dentro del militarismo exacerbado que se impuso en la organización a partir de año 85 (Grabe, 2010). Existe, además, un testimonio audiovisual sobre el Batallón: el documental francés *Batallón América*, rodado en 1986, que permite conocer el día a día de la escuela de entrenamiento en el Cauca. Allí aparece el comandante del Batallón América, Pizarro Leongómez, arengando a las tropas antes de la batalla.

En la búsqueda documental, también se han encontrado algunos registros en el Archivo

Gorriti, que guarda la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Los documentos, sobre todo, dan cuenta de la participación de subversivos peruanos en el Batallón América. El primero de ellos es un material propagandístico titulado «Batallón América. Ejército Bolivariano en marcha», y describe al Batallón como la vía para lograr una América Latina libre y justa gracias a la unión de los idearios de esas dos grandes figuras de la lucha contra la opresión: Túpac Amaru y Bolívar. El segundo documento es el informe del año 1986 del agregado de policía de la embajada de Perú, en el que da a conocer los nombres de los guerrilleros de nacionalidad peruana que integran el Batallón América. Dicho documento menciona tres nombres de guerrilleros de 20, 30 y 27 años; el primero perteneciente al MRTA, y los dos últimos pertenecientes al PCP-Sendero Luminoso. El MRTA fue una organización subversiva formada en 1982, con ideología marxista-leninista guevarista, que buscaba crear el Estado socialista mediante la insurrección armada. Según la Comisión de la Verdad y Reconciliación - CVR

(2003), el MRTA fue artífice del 1,5 % de las víctimas de la violencia política en Perú. Sus acciones, con talante propagandista, estaban dirigidas contra símbolos imperialistas y al secuestro de figuras destacadas de la sociedad peruana (Meza Bazán, 2012). Por otro lado, el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL) fue una organización subversiva formada en 1970, y dirigida por Abimael Guzmán, quien era considerado por sus seguidores como «la cuarta espada del comunismo», después de Marx, Lenin y Mao. Según la CVR (2003), el accionar armado que comenzó el PCP-SL en 1980 fue responsable del 54 % de las víctimas del conflicto armado interno peruano, que se cobró casi 70.000 vidas (CVR, 2003, Tomo I: 53).

3. Inicio del Batallón América

Todas las entrevistas concuerdan en que el Batallón América se había formado hacia mediados o finales de 1985. Para Libardo Parra, se constituyó en diciembre del 85. Se trataba de un campamento que recibió su nombre del lugar donde nació: «Campo

América». Mientras que, para Néstor García, el Batallón América se constituyó entre septiembre y octubre del 85, sobre la idea de servir como sitio de formación para las distintas unidades del M-19 y las tropas internacionales, que habían de encontrarse en lo que se consideraba que era una «Sierra Maestra en el Cauca»:

El Batallón América se había conformado entre septiembre y octubre. Fue más un sitio de formación, la idea era como hacer una Sierra Maestra en el Cauca. Es el sitio en Colombia que presentaba todas las características. Era el idóneo para hacer esa Sierra Maestra. Ahí se iban a concentrar todas las compañías: la de Pizarro, que se había tomado Yumbo, la compañía de Ospina, la de Gustavo Arias Londoño (comandante Boris), la de Libardo Parra (comandante Óscar), las Fuerzas Especiales[...] ⁶ (García Buitrago, entrevista).

Para Libardo Parra, además, es un paso más en los esfuerzos del M-19 por integrar las fuerzas revolucionarias a una misma

causa guerrillera. Con esta finalidad, antes del Batallón, ya se había establecido la Coordinadora Nacional Guerrillera (CNG), creada oficialmente el 25 de mayo de 1985 en Colombia, con el objetivo de coordinar política y militarmente a varias organizaciones guerrilleras, excluyendo inicialmente a las FARC-EP. La CNG reunió al M-19, al Ejército Popular de Liberación (EPL) —que también eran conocidos como «los Pelusos», y se trataba del ala armada del Partido Comunista-Marxista leninista—, al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) —proveniente de una escisión maoísta—, al Movimiento Armado Quintín Lame, al MIR-PL, al ELN y al Comando Ricardo Franco:

Nosotros, en Colombia, estábamos impulsando la dinámica de unidad dentro de la Coordinadora Nacional Guerrillera. Entonces eso, pues, nos daba como un patrón de comportamiento en torno a la construcción de unidad. Eso nos fue como acercando hasta que, a finales del 85, concretamos lo que se llamó el Batallón América (Parra, entrevista).

Que el Batallón América era parte del proceso de consolidación de los esfuerzos guerrilleros, a nivel nacional e internacional, es algo que también destaca Lucio Cifuentes, quien no solo menciona a la CNG, sino también a la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, creada en 1987, y de la que, después de mucho debate y negociaciones, pasaron a formar parte también las FARC-EP:⁷ «[...] Luego, se intenta con la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar y casi que en los acuerdos del 84 porque firma primero las FARC en Uribe y debíamos hacer en conjunto una tregua como coordinadora»⁸ (Cifuentes, entrevista).

Para Carlos Alonso Lucio, el inicio del Batallón América está totalmente ligado a la experiencia del Cauca, liderada por Pizarro, una vez que este tiene éxito en la conformación de la «Fuerza Militar de Occidente»,⁹ y ante la necesidad de compartir los avances de la guerrilla rural al resto de organizaciones insurgentes amigas:

El Batallón América se piensa por el año 84, después de que Carlos consolida lo que

llamábamos la «Fuerza Militar de Occidente en el Cauca», que, entre otras cosas, tenía que ver con compartir la experiencia rural del M-19, que en ese momento era muy innovadora desde el punto de vista técnico-militar con los Alfaro, que era una organización muy amiga, y con el MRTA, también muy amigos. Para trasladar esa experiencia, esa formación, vienen personas de Perú y Ecuador, y ahí es donde va surgiendo el Batallón América. Surge con la intencionalidad de dar cursos sobre la cosa rural y resulta que, por la agitación del tema pues... ¡qué escuela ni que nada! ¡llegaron directamente a un combate! (Lucio, entrevista).

3.1 Composición internacional del Batallón América

Varios fueron los grupos internacionales que engrosaron las filas del Batallón América. Aunque Libardo Parra reconoce que no cuenta con una cifra exacta, considera que el 90 % de los hombres y mujeres que integraron el Batallón América provenían de las filas del M-19, pero según sus propias estimaciones

la aportación del resto de guerrillas al BA no habría sido inferior al 30 %. Sin duda, la guerrilla que apoyó de manera más constante al M-19 fue Alfaro Vive ¡Carajo! (AVC), la cual integró el «ejército internacional» desde finales del 85 hasta principios del 87:

Luego, en el proceso, se va dando una serie de relaciones con movimientos de izquierda en Ecuador, que era como una base del M-19; por algunas circunstancias, hay una relación muy directa con los ecuatorianos. Cuando hablo de base, hablo de puntos de referencia, de comandantes, en determinada época, contactos con determinados diplomáticos allá. Había una proximidad por lo geográfico, por las relaciones políticas, una serie de circunstancias que permitieron esa cercanía con los compañeros, y luego ellos conformaron el Alfaro Vive ¡Carajo!, y tuvimos una relación directa con ellos (Peña, entrevista).

Como podemos observar, el tejido de relaciones políticas entre la insurgencia colombiana y la ecuatoriana es previo a la formación

del Batallón América, y ya contaba con una fuerte raigambre al momento de la formación de este. Según Buckley (2022), la guerrilla ecuatoriana (AVC), que tomó su nombre del reformador Eloy Alfaro, asesinado en 1912, junto a otros líderes liberales, nació a principios de los años ochenta como reacción a los partidos políticos ecuatorianos, a los que consideraban una mera copia de la política europea.

En consonancia con las estrechas relaciones entre la insurgencia de ambos países, el AVC fue la guerrilla que más miembros aportó al Batallón América, casi un pelotón, es decir, entre unos treinta y cuarenta hombres, según Libardo Parra, por debajo solamente de las dos organizaciones colombianas: el M-19 y el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL). El MAQL se trataba de una guerrilla indígena colombiana, cuyos orígenes se remontaban a los frentes de defensa indígenas formados como reacción a los asesinatos del sacerdote Pedro Rodríguez y el líder agrario Gustavo Mejía en 1974, en Corinto. Holguín Pedroza y Reyes Sanabria (2014) sostienen que estaba

formada por indígenas que buscaban la recuperación de tierras y el cese del asesinato de sus líderes. Muchos de sus miembros fueron detenidos y, tras salir de la cárcel en 1984, y bajo el auspicio de la Coordinadora Nacional Guerrillera y el M-19, formaron el Movimiento Armado Quintín Lame (Luna Benítez, 2006). Según Libardo Parra, el MAQL contribuyó con entre tres y cuatro pelotones al Batallón América, formado cada uno por entre treinta y cincuenta personas, lo que equivale a una compañía. Por último, la participación tanto del MIR chileno como del MLN-Tupamaros resultaba mucho más modesta con unos tres o cuatro miembros, el primero; y entre cinco y seis, el segundo.

Mientras que el MRTA de Perú habría sumado entre treinta y cuarenta hombres al Batallón América, su presencia en el Cauca fue de menor duración y, para comienzos de 1987, ya no quedarían miembros del MRTA actuando bajo las órdenes de Pizarro.

Tabla 1. Organizaciones que conformaron el Batallón América

Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA)	Alfaro Vive ¡Carajo! (AVC)	Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL)	Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)	Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros	Movimiento 19 de Abril (M19)
Perú	Ecuador	Colombia	Chile	Uruguay	Colombia
1 pelotón (30–50 hombres)	Casi un pelotón	1 compañía (3 o 4 pelotones)	3 o 4 personas	5 o 6 personas	El resto de la tropa constituida en total por 500 efectivos

Fuente: elaboración propia, basada en la información aportada por Libardo Parra.

La mayor parte de los entrevistados sostiene que, para las guerrillas extranjeras que llegaron a actuar en el Cauca, la situación los sobrepasó, pues, en buena cuenta, pensaban que estaban llegando a una escuela de formación «al uso» y, muy al contrario, se encontraron con una realidad salpicada de enfrentamientos con el Ejército, por lo que prácticamente no hubo tiempo para la formación:

Cuando los recibimos a ellos en el proceso, estábamos ahí en el norte del Cauca y nos fuimos a una escuela, pero nosotros no garantizamos qué viene de la otra parte. Uno nunca sabe cómo en la guerra se dan dos bandos por decirlo así, y la respuesta del enemigo fue buscarnos a donde estuviéramos y combatirnos (Parra, entrevista).

Al no recibir la formación militar suficiente, por encontrarse las tropas internacionales en medio de un conflicto abierto y no contar con una preparación previa, los militantes internacionales se sintieron superados por la situación, como evidencia el testimonio

de Fernando Peña: «Hay una anécdota del compañero del MRTA. Él decía “yo no puedo, esto es muy difícil, yo no voy a avanzar más, yo prefiero que me maten”; y lo mataron en ese combate, ahí, a él y a varios compañeros de él» (Peña, entrevista). Y es que hay que tener en cuenta que muchos de los militantes internacionales, así como buena parte de los cuadros del M-19, provenían de un contexto urbano, muy alejado de la orografía colombiana del Valle del Cauca, que obliga a abrir trocha en el monte, atravesar ríos, etc.

Por contraste, Fernando Peña destaca el ejemplo de unas jóvenes militantes ecuatorianas que, pese a parecer de una clase social alta por el color claro de su tez, resistieron con gran valor y entereza todas las complicaciones que implicaba la campaña «Paso de Vencedores»:

[...] una actitud de unas compañeras ecuatorianas: ellas parecían como burguesitas. Entonces con las botas, los pies llenos de ampollas, de peladuras, y con una actitud muy de valor, muy digna. Allá les dieron

un fusil FAL, que pesa casi treinta libras, más las fornituras donde va la munición, más el equipo que ahí lleva uno toda su vivienda y no acostumbradas a eso tampoco (Peña, entrevista).

Sobre la participación femenina en el Batallón América, los entrevistados también destacan la «entrega valerosa» de las mujeres en general y recuerdan de manera específica la participación de tres españolas, una de ellas conocida como «Betty», quien, en el contexto del conflicto nicaragüense (1979–1990), había perdido a la gente con la que iba y, tras encontrarse con militantes del M-19, decidió marchar con ellos a Colombia para después colaborar como enfermera en el Batallón América:

Y esto lo he reivindicado con varias compañeras: el valor, la actitud de mujeres, muy tremendo. Hacían las mismas labores de los hombres, cargaban lo mismo. Betty, que era capitán, le tocó más pesado incluso. O compañeras de comunicaciones que cargaban equipos pesados. Todo el mundo

se levantaba a las cinco, tomaba tinto al ejercicio matutino, todo igual. Betty estaba en Nicaragua como internacionalista, y de Nicaragua ella estaba conversando con los compañeros del Eme. Parece que estando allá se perdió, la dejaron por ahí sobre el 81 y se encontró con compañeros nuestros, y se vino para Colombia en el Frente Sur (Cifuentes, entrevista).

3.2 Campaña «Paso de Vencedores»

La campaña del Batallón América se empezó a desarrollar desde el Valle del Cauca a principios de 1986, en un contexto de alta tensión tras el asalto del M-19 al Palacio de Justicia. Según Néstor, la campaña «Paso de Vencedores» estaba dirigida por Gustavo Arias Londoño, «comandante Boris», y formaba parte de una campaña mayor bajo el nombre «De Pie Colombia»:

Paso de Vencedores es la columna de Boris, de Gustavo Arias Londoño, que salió de Pance por la cordillera occidental. Porque realmente la campaña de todas las compañías fue «De Pie Colombia», y es entonces

cuando se abren, tras la fracasada toma de Cali de comienzos de 1986, antes de fallecer Fayad (García, entrevista).

Libardo Parra se refiere al inicio de la campaña y lo relaciona con la persecución que sufrieron por parte del Ejército, lo que los obligó a abandonar la escuela de formación en el Cauca y a iniciar una escalada violenta en confrontación con el Ejército:

[...] y entonces comenzó un proceso de confrontación que nos obligó a nosotros a pasar a la ofensiva y luego salir en una campaña que se llamó «Paso de Vencedores», que fue acercarnos a Cali, y obviamente que esos fueron unos combates muy tremendos, porque eso era, prácticamente, todas las semanas combatíamos (Parra, entrevista).

Como podemos observar a partir del testimonio del guerrillero, desde el norte del Cauca y en la avanzada hacia el enfrentamiento con el Ejército comienza el peregrinaje de los guerrilleros, cuyo objetivo final era la toma de Cali. Uno de los enfrentamientos más

encarnizados fue el que se vivió en «Loma Amarilla», uno de los primeros puntos en el camino hacia Cali:

Ese combate fue bastante fuerte porque fue al otro día del palacio de Nariño.¹⁰ Un combate muy fuerte; el Ejército venía muy envalentonado por lo del palacio, venían a acabarnos, y nosotros no nos queríamos dejar acabar. Nos metieron aviación, artillería y ejército. Combatimos bastante. Ahí nosotros perdimos algunos compañeros. Jacinto era un compañero que venía del Ecuador, pero había sido reclutado por nosotros. Incluso, él hacía parte de la columna mía, la «Mariscal Sucre». Muy buen compañero. Él participó conmigo incluso en la toma de Génova.¹¹ Protagonizó la mejor operación que se hizo en Génova, que fue la emboscada donde nosotros hicimos una buena recuperación (Parra, entrevista).

El itinerario de la campaña, según el relato de un oficial de la compañía del «comandante Pablo», se prolongó casi 300 kilómetros. Se

partió de Campo Ulluco (Cauca), punto de partida de la columna guerrillera. Se avanzó por Loma Amarilla, donde se dieron los primeros episodios de «resistencia» con el Ejército en la ruta hacia Cali. Ahí tuvieron lugar enfrentamientos muy violentos, y Jacinto (del AVC) es alcanzado por la esquirla de una bomba que le cae en la cabeza, lo que le provoca la muerte. Se continuó por Toribío y Morales, localidades en el norte del Cauca; se trata de rutas de avance hacia el Valle del Cauca. Después se pasó por Totoró y El Palo, que se encuentran en el trayecto hacia el occidente, donde volvieron a combatir con el ejército. A medida que se iban acercando a Cali, los combates se volvían más frecuentes e intensos. Avanzaron por Felidia y Yanaconas, localidades en la zona montañosa occidental, próximas a Cali. También se utilizó la Carretera Panamericana como ruta estratégica para el avance hacia la ciudad. Mientras que, en Río Pance, área cercana a Cali, se produjeron los últimos enfrentamientos antes de llegar a Cali. En Cali, objetivo final de la operación, se libró la última ofensiva guerrillera, que fue

finalmente contenida por el Ejército («Relatos de Campaña...»).

Mapa 1. Campaña «Paso de Vencedores»



Fuente: elaboración propia / Google Earth.
a partir de "Relatos de Campaña"

Pizarro había conferido mucha importancia a la campaña «Paso de Vencedores», pues, de haber sido exitosa, habría demostrado la fortaleza de la organización guerrillera y, por lo tanto, posibilitado mejores condiciones para la guerrilla de cara al proceso de paz. La campaña buscaba la toma de Cali utilizando la fuerza del batallón internacional, fuerza que sería recibida por una milicia urbana de 300 militantes (que nunca se consiguió), y que tendrían controlado el despliegue estratégico para la toma de la ciudad que devino en fracaso (Lucio, entrevista).

3.3 Fin del Batallón América

Algunos militantes del M-19, como Arjaid Artunduaga, señalan que el Batallón América termina cuando los internacionales se van y la guerrilla colombiana del M-19 tiene que centrarse en dar respuesta a su propia realidad:

Porque ya no había compañeros de los otros países. Cada compañero se metió en su propia realidad. Y la realidad colombiana exigía al M-19 estar más atento de lo que estaba pasando en Colombia. Sin llegar al

ombliguismo, era urgente que miráramos la realidad y viéramos que la mejor forma de contribuir a la revolución latinoamericana era hacer la revolución en Colombia (Artunduaga, entrevista).

Además, Libardo Parra («comandante Óscar»), como reflexión sobre el éxito o fracaso del Batallón América, añade que el batallón no tuvo tiempo de mostrar contundencia en el plano militar, pues nació en mitad de la guerra y, por lo tanto, no pudo lograr su objetivo último: la unidad latinoamericana a partir de la lucha conjunta. Sin embargo, añade, sí sirvió para que las diferentes guerrillas adquirieran destreza militar gracias al entrenamiento recibido por el M-19, y emplearan esas tácticas aprendidas en sus respectivos países:

El Batallón América no alcanzó a tener un final feliz, por decirlo de alguna manera. El Batallón América tuvo que madurar siendo niño. No dio tiempo para presentar unos resultados. La intención en un comienzo era «latinoamericanizar» las cosas. ¿Qué

salió de ahí? Que los del MRTA se capacitaron y tuvieron un pelotón. Ellos recibieron capacitación y fueron y fundaron allá en su país sus grupos militares en el campo, es decir, rurales. El Alfaro Vive, que se quedó con nosotros, ellos nunca formaron guerrillas en Ecuador, hicieron parte muy cercana de las estructuras del Eme, pero seguían siendo Alfaro. El Quintín Lame se volvió una estructura pequeña, pero con mucha experiencia muy combativa (Parra, entrevista).

Lucio Cifuentes sostiene que, ante la arremetida del Ejército y la dispersión de los objetivos, llegó un momento en que no sabían cuál debía ser su siguiente paso. Además, las muertes recaían siempre sobre los mismos, sobre grupos que se encontraban desperdigados, por eso el M-19 sacó la consigna «¡Guerra a la oligarquía, paz a las fuerzas armadas y vida a la nación!»:¹²

Llegó un momento en que nosotros no teníamos ni un norte ni un sur [...] Y, entonces, nosotros pensábamos «¿qué será

de nosotros?». Cómo nosotros nos estamos matando, siendo la vanguardia, y la gente que tiene que estar asumiendo sus posiciones está en la ilegalidad y toda esa vaina. ¡Ay! En un momento determinado, el M-19 tomó una decisión, una consigna que llamó «¡Guerra a la oligarquía, paz a las fuerzas armadas y vida a la nación!» (Cifuentes, entrevista).

Pese a todo, Arjaid Artunduaga se muestra positivo cuando realiza un balance del significado que tuvo el Batallón América, asegurando que, aunque en lo militar no se pudieron presentar muchos resultados, el objetivo político sí se logró al trascender, con el Batallón América, las fronteras de Colombia:

Batallón político militar, los resultados son políticos y son militares, no hubo el espacio ni el tiempo para presentar grandes resultados militares, pero sí hubo el espacio para presentar grandes resultados políticos porque nosotros transcendimos las fronteras geográficas de Colombia (Artunduaga, entrevista).

Para Néstor García, las terribles consecuencias que tuvo el hecho ocurrido en el Palacio de Justicia fueron las causas inmediatas de la desarticulación del Batallón América, dirigiéndose, por la arremetida del Ejército, cada una de las unidades del M-19 a un lugar distinto: Antioquía, Cauca, Valle, Tolima y Santander.

Pero eso está muy sincronizado con el Batallón América, sino que el Palacio de Justicia desarticula el plan que se tenía con el Batallón América, entonces unos mandos se van para Antioquía, y ahí se organiza la fuerza conjunta con el Ejército Popular de Liberación; otros mandos se quedan en el Cauca, otros se van al Valle, otros a Tolima, otros van hacia Santander. Nos desconcentramos, volvimos a ser guerrilla, dejamos de ser ejército (García Buitrago, entrevista).

4. Libia como frente revolucionario

Libia, que se encontraba bajo el dominio nominal de Imperio Otomano cuando se llevó

a cabo la Conferencia de Berlín (1884–1885), donde se concretaron las reglas para el reparto de África entre las potencias occidentales, no fue ocupada efectivamente hasta el régimen fascista de Benito Mussolini, quien, en 1911, invadió y logró dominar dos importantes regiones del país: Cirenaica y Tripolitania. Tras la Segunda Guerra Mundial, el país pasó a ser administrado por Gran Bretaña, que seguiría haciendo valer sus intereses sobre el territorio, aun cuando se proclamó la independencia de Libia y comenzó el reinado de Idris en 1951. Dieciocho años después, el coronel de Cirenaica, Muamar el Gadafi, dio un golpe de Estado y se impuso en el poder durante 40 años (Franco Silva, 2023). En 2011, tras tantos años de mandato dictatorial, Muamar el Gadafi estaba muy lejos de entender, en su real dimensión, el descontento que existía hacia su persona por parte de amplios sectores de la población. Aunque comprendía que era necesaria una tímida apertura y tenía preparada la redacción de una constitución y el relevo presidencial en la figura de su hijo, cuando estalló la revolución de Túnez en 2010, la

sentencia al líder libio ya había sido firmada (Zoubir, 2012).

Son diversos los autores que sostienen la importancia del apoyo brindado por Gadafi a los diferentes movimientos insurrectos en África y Latinoamérica, especialmente en la década de los ochenta. En África, el empeño de Gadafi en resucitar el sueño nasserista de la República Árabe Unida sobre el modelo panafricanista de fuerte impronta marxista, lo llevó a centrarse en la región del Sahel (franja de territorio longitudinal que va desde Senegal a Eritrea), provocando la desestabilización de algunos gobiernos y ayudando a otros (Hernández y García, 2019). De este modo, la Jamahiriya Árabe Popular y Socialista, como se daba a conocer el régimen de Gadafi, basado en la Tercera Teoría Universal,¹³ desconcertaba en cuanto a su política interior, donde primaba el hermetismo, pero era reconocida por su política exterior intervencionista (Echevarría, 2011).

En cuanto al apoyo brindado por el coronel a Latinoamérica, Cortina (2022) expone

que en 1979, en el contexto del triunfo de la Revolución Sandinista y bajo el auspicio del gobierno de Gadafi, se produjo el encuentro de distintas organizaciones guerrilleras latinoamericanas en Trípoli, con la intención de movilizar apoyos de toda índole para el sandinismo. Para Castro (2011), las relaciones tejidas en aquella época entre el joven Gadafi y los gobiernos latinoamericanos que resistían el auge dictatorial apoyado por EE. UU. en la región, dieron como resultado interacciones a largo plazo que se manifestaban, todavía para el año 2011, en la crítica a la intervención occidental, principalmente por parte de Cuba y Nicaragua.

Recientemente, la desclasificación de archivos secretos de la CIA ha puesto de manifiesto el apoyo del líder libio a la insurrección latinoamericana. Las escuelas de formación y los campamentos de entrenamiento para guerrilleros latinoamericanos en Libia se establecieron principalmente durante las décadas de 1970 y 1980, y fue a mediados de los ochenta cuando los vínculos entre el régimen libio y las guerrillas latinoamericanas

alcanzaron mayor estrechez. En ese contexto, guerrilleros de varios países viajaron a Libia: ELN, FARC, M-19 y EPL (Colombia); Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (El Salvador); sandinistas (Nicaragua); MRTA (Perú); y AVC (Ecuador) (Wallace, 2011).

El financiamiento y la organización de estos campamentos y escuelas de formación provenía del gobierno libio de Muamar el Gadafi. Motivado por su ideología antiimperialista y su deseo de exportar la revolución, ofrecía apoyo logístico, armas, entrenamiento y, en ocasiones, recursos económicos a los movimientos revolucionarios latinoamericanos (Little, 2013). Además, según Ogunbadejo (1986), en 1982 el régimen de Gadafi ayudó con más de 100 millones de dólares en armas a Argentina en su guerra contra los británicos, y apoyó también al Ejército Republicano Irlandés y a numerosos grupos secesionistas en África. María Eugenia Vásquez, quien estuvo en la segunda escuela en Trípoli, iniciada en mayo del 87 y prolongada durante seis meses, considera que la financiación era en su totalidad libia, puesto que el M-19 ya

había agotado la mayor parte de sus ahorros para ese año:

Los libios nos daban básicamente todo, el sitio donde nos entrenaban, el armamento era de ellos, la munición de ellos, la comida de los combatientes, y el alojamiento iba por parte de los libios, porque, además, los libios tenían dinero suficiente. A nosotros, para ese entonces, ya se nos había acabado el dinero que se cobró por el rescate de la embajada de la República Dominicana (Vásquez, entrevista).

Reyes (2017: 117), a partir de las memorias de Jaime Bateman, sostiene que el líder del M-19, junto a Víctor Polay Campos (líder del peruano MRTA) y Juan Carlos Acosta del AVC, habría iniciado contactos con el gobierno libio en 1982 y conseguido, gracias a estos, la primera escuela de formación en Libia, que tuvo lugar entre septiembre de 1983 y marzo de 1984 (Villamizar, 2019: 100). A esta le sucederían otras dos. Carlos Alonso Lucio también sostiene que la relación con los libios la inicia Jaime Bateman, y que

continúa y se refuerza con la llegada al poder de Álvaro Fayad, de ascendencia libanesa: «En Colombia las personas de ascendencia árabe son llamados “turcos”, y eso no te imaginas lo que significa en la relación con los libios, el hecho de que el M-19 tuviera un jefe de ascendencia árabe que muere en el 86, justo en medio de las conversaciones» (Lucio, entrevista). A la muerte de Fayad, fue Pizarro el que se encargó de dirigir las conversaciones con el régimen de Gadafi. Sin embargo, pese a todo las esperanzas depositadas en la colaboración con los libios, varios excombatientes han señalado que, si bien existía apoyo logístico y entrenamiento, las expectativas de grandes envíos de armas o dinero no siempre se cumplían y, a menudo, el entrenamiento recibido no era considerado especialmente útil para el contexto de la lucha armada en América Latina (Villamizar, 2002). Como dice Néstor, quien participó en la primera escuela, la experiencia en Libia no les aportó demasiado, pues los libios les estaban dando instrucción para combatir con un ejército regular que la guerrilla colombiana no tenía y, sobre todo,

fueron los libios quienes aprendieron de ellos las tácticas de la guerra de guerrillas, que posteriormente emplearon:

Entonces, empezamos el curso, nos pusieron una ametralladora punto 30, de esas que se ponen encima de los tanques. Eso se llama EPMG. Bueno, entonces estamos recibiendo la instrucción en seco primero, después ya usando la cinta de los proyectiles. Al día siguiente, la misma instrucción y normal, pero ya llevábamos una semana, y todos los días era lo mismo. Nos quejamos, ¿no? (García Buitrago, entrevista).

A esos compañeros con los que compartió tiempo en Libia, Néstor volvió a encontrarlos dos años después en el Batallón América, pero apenas pudo saludarlos por pertenecer a una sección distinta (las «fuerzas especiales»), a causa de la compartimentación. En Libia, a él lo llamaban «el Beto», aunque en Colombia se le conocía por «Guayabita». Para Lucio Cifuentes, la realidad libia no tenía nada que ver con la colombiana; venían de un mundo diferente los guerrilleros de Gadafi, por lo

que los métodos de los libios no se podían replicar en Colombia:

Me fui para Nicaragua, y allí hice contacto con los compañeros. Hacíamos relaciones internacionales con los hermanos sandinistas, con los compañeros del Farabundo. Allí había la facilidad de hacer el curso militar. Y también nos dieron a elegir entre Vietnam y Libia para hacer el curso militar. Me fui pa' Libia, allá me encontré con ecuatorianos, con peruanos, con chilenos. Y trataba de hacer el curso, lo que nos iban a enseñar, el entrenamiento de ellos porque no tenían tres árboles juntos; sin embargo, hicimos actividades con ellos. Había antiaéreas, estaban oxidadas, estaban llenas de arena (Cifuentes, entrevista).

María Eugenia Vásquez llegó a Libia en el mes del Ramadán de 1987. Aunque ella prefería no participar en la segunda escuela, finalmente aceptó, atendiendo al pedido de Pizarro de que acudiera como acompañante de Carlos Alonso Lucio (su entonces

marido, que actuaba como representante del M-19) y segunda a cargo de una escuela internacional (Vázquez Perdomo, 2011). Fueron cuatro las mujeres que formaron parte de la segunda experiencia en Libia, y la primera en llegar fue María Eugenia. Al respecto, Carlos Alonso Lucio destaca el hecho de que se tratase del primer curso mixto que tenía lugar en Libia, pues, hasta la fecha, no se había realizado ninguno. Las reuniones previas a la formación de la escuela entre Pizarro, Carlos Alonso Lucio y Gadafi fueron un espacio para la discusión de ese y otros temas:

Estábamos en la reunión con Pizarro y con Gadafi, y yo sabía que, si se daba ese curso, a mí me tocaba estar en ese curso [...] Entonces dije «a mí me parece que es importante que ese curso sea mixto». Entonces Gadafi dice que en Libia es muy difícil, que esos cursos no son mixtos. Libia tiene pues una tradición islámica. Entonces le dije: «mire...» (a él se le decía «líder»), «mire, líder, lo que pasa es que nosotros tenemos un concepto de los

entrenamientos que tiene una frase muy de Martí: «el sudor que se derrama en el entrenamiento es la sangre que se ahorra en el combate», y en ese orden de ideas, el mejor entrenamiento es el que se parece a la realidad, y la realidad nuestra es una guerra mixta, donde hay hombres y mujeres en el combate (Lucio, entrevista).

A la hora de adjudicar proporciones al número de subversivos internacionales de la escuela libia, Carlos Alonso Lucio considera que un 70 % serían colombianos del M-19 y el resto guerrilleros de otras nacionalidades:

Había ecuatorianos, venezolanos, panameños, dominicanos, peruanos. Eso es lo que recuerdo. También, allá había otra gente que no estaba en el curso nuestro, esos habían llegado por el lado de una organización que había en aquel entonces en Chile: Frente Patriótico Manuel Rodríguez (Lucio, entrevista).

Al igual que Néstor y Lucio, María Eugenia sostiene que el entrenamiento militar en

suelo libio era una pérdida de tiempo, principalmente por los problemas de traducción del árabe coloquial que hablaba el instructor, problemas que hacían muy lento el proceso de enseñanza-aprendizaje. Es en este contexto en el que se decide la realización de una escuela de comunicación por parte de Otto, que era experto en comunicaciones:

Los libios nos ofrecían la escuela, el material y la instrucción, y todo mucho más libre que lo que se podía hacer acá en el país. Entonces decidimos que se podía hacer comunicaciones, y estaba Otto que era un maestro en comunicaciones que era ecuatoriano. Entonces terminó haciendo un curso especializado en comunicaciones con lo último en tecnología que se conseguía en Europa. Enseñó lo último en radios de comunicación a los veintitantos del curso [...] El curso de comunicaciones fue fundamentalmente técnico y sobre comunicaciones clandestinas cifradas. En eso Otto tenía el suficiente conocimiento, había estado en la fuerza de Pizarro durante el tiempo de los Robles (Vásquez, entrevista).

Para María Eugenia, la escuela de formación en Libia constituyó una experiencia más enriquecedora para los hombres que para las mujeres. Aunque al final fueron cuatro las mujeres apostadas en suelo libio para la segunda escuela de formación, a partir del relato de María Eugenia, podemos inferir que ella iba en calidad de acompañante de su par masculino y que tuvo muy restringida su capacidad de acción en Libia, a causa del patriarcado social imperante (María Eugenia, entrevista). Esta situación fue frustrante para la guerrillera, sobre todo teniendo en cuenta que ella era representante de una organización con gran aporte femenino, y es que las mujeres suponían un 31 % de su militancia, lo que constituye una proporción muy halagüeña para el contexto de la época (Dietrich Ortega, 2014, p. 91). Por otra parte, aunque de la escuela de formación libia no se obtuvieron los conocimientos deseados, el M-19 encontró otras formas de aprovechar la libertad y las posibilidades que confería el suelo libio, por lo que implementó la escuela de comunicaciones dirigida por Otto, así como una

serie de entrenamientos navales gracias a la tecnología náutica de la que disponía el régimen de Gadafi (Lucio, entrevista).

5. Conclusión

Aunque el Batallón América buscaba la formación de un ejército internacional, su principal objetivo era político, ya que aspiraba a la unidad latinoamericana a partir de su voluntad de encarar los problemas comunes de la región. Conformado, en su mayor parte, por miembros del M-19, el Batallón América contó con una participación minoritaria de movimientos guerrilleros extranjeros que no llegaron a constituir más de un 30 % del total de las tropas. La guerrilla extranjera que más tiempo participó en el Batallón América fue el Alfaro Vive, ¡Carajo! Algunos entrevistados dicen que Ecuador era prácticamente una base del M-19, por las buenas relaciones que el Eme tenía con el país vecino. En 1987, la mayor parte de los internacionales regresaron a sus países y el Batallón América fue disuelto.

La intención del Batallón América de conformar un ejército internacional siguiendo el objetivo de Bolívar de la unidad latinoamericana se cumplió a medias, según los entrevistados. El Batallón América fue un fracaso en el plano militar, pues no se logró la toma de Cali, pero sí se consiguieron importantes avances en el plano político, ya que se fortalecieron las relaciones entre los movimientos guerrilleros de los países de la región. Las guerrillas extranjeras, gracias al entrenamiento recibido en el Batallón América, pudieron replicar los métodos enseñados por el M-19 en sus respectivos contextos nacionales. Por lo tanto, el balance que hacen algunos de los militantes del M-19 sobre el Batallón América es positivo, pues se consiguió reproducir, según sus aseveraciones, el sueño de Bolívar, aun teniendo en cuenta el rotundo fracaso que sufrió el ejército internacional en el plano militar. En este sentido, para muchos militantes del M-19 resulta factible hacer este balance positivo de la experiencia transnacional que significó el Batallón América, pues diferencian la idea —es decir, la conformación de un organismo

internacional latinoamericano que procure la unión y defensa del subcontinente— de los hechos: su ejército, que, en un contexto específico de elevado nivel de confrontación con las Fuerzas Armadas de Colombia, se puso en marcha y pretendía la toma de Cali en la campaña «Paso de Vencedores».

Por su parte, la «Revolución Verde» que Muamar el Gadafi propulsó en Latinoamérica desde su llegada al poder en 1969, pero con especial énfasis en la década de los 80, se tradujo, entre otras cosas, en el ofrecimiento de escuelas de formación para los guerrilleros latinoamericanos. En este contexto, varios militantes del M-19, gracias al financiamiento del régimen de Gadafi, fueron a formarse al desierto libio desde el año 1983 hasta el año 1987. Allí se encontraron con militantes del AVC, del MLN-Tupamaros y del MIR chileno, entre otros, aunque la realidad libia se mostró tan alejada de la latinoamericana —y, en concreto, de la colombiana— que no resultó útil para los intereses de formación del Eme. El entrenamiento que los libios ofrecían era el que corresponde al de un

ejército profesional con el que los latinoamericanos no contaban. Además, la orografía colombiana distaba tanto de la de Libia, que las enseñanzas recibidas por los soldados de Gadafi resultaron inútiles. Sin embargo, los militantes del M-19 en algunos aspectos sí pudieron sacar provecho de la experiencia libia, al encontrar en el país árabe una libertad con la que no contaban en Colombia, lo que les permitió explorar la posibilidad de hacer otros cursos, como el de comunicaciones o el de formación naval. Además, como ocurría en el Cauca, en Trípoli, las distintas guerrillas latinoamericanas pudieron compartir experiencias y discutir acerca de la situación política a nivel internacional; por lo tanto, en una especie de paralelismo con lo que significó la experiencia del Batallón América, las escuelas de formación en Libia fueron útiles para fortalecer la relación entre militantes guerrilleros de distintas nacionalidades.

Declaración de autoría

La autora realizó la conceptualización, adquisición de fondos, Investigación, metodología,

redacción – borrador original, redacción – revisión y edición.

Fuentes primarias

Entrevistas

Artunduaga, A. (2025): [entrevista realizada por Encarnación-Pinedo, M.]. 24 de mayo de 2025.

Cifuentes, L. (2025): [entrevista realizada por Encarnación-Pinedo, M.]. 9 de abril de 2025.

García Buitrago, N. (2025): [entrevista realizada por Encarnación-Pinedo, M.]. 10 de marzo de 2025.

Lucio, C. A. (2025): [entrevista realizada por Encarnación-Pinedo, M.]. 1 de agosto de 2025.

Parra, L. (2025): [entrevista realizada por Encarnación-Pinedo, M.]. 24 de mayo de 2025.

Peña, F. (2025): [entrevista realizada por Encarnación-Pinedo, M.]. 3 de mayo de 2025.

Vásquez, M. E. (2025): [entrevista realizada por Encarnación-Pinedo, M.]. 28 de julio de 2025.

Documentación

Departamento de Defensa EEUU. (1986, 20 marzo): Of. N° 000737/DIJIN-INTIN, Archivo Gorriti.

Movimiento 19 de Abril (M-19). (1978, enero 1°): M-19: NACIMIENTO Y PRINCIPIOS, Centro de Documentación de los Movimientos Armados (CeDeMa).

Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). (1986): Batallón América: Ejército Bolivariano en marcha, Archivo Gorriti.

Referencias citadas

Acuña Rodríguez, O. Y (2015): «Las elecciones presidenciales de 1970 en Colombia a través de la prensa. Un fraude nunca resuelto», *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 20 (2), pp. 239. Disponible en: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0122-20662015000200009&lng=en&tlng=es.

Acuña Rodríguez, O. Y (2016): «De las urnas a la movilización popular. Elecciones presidenciales de 1970 en Colombia», *Secuencia*, (96), pp. 193-225. DOI: <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i96.1410>

Aguilera Peña, M. (2014): *Contrapoder y justicia guerrillera, fragmentación política y orden insurgente en Colombia (1952-2003)*, Bogotá, IEPRI.

Buckley, N. (2022): «La modernidad como proyecto mestizo. vida y muerte de la guerrilla ecuatoriana “Alfaro Vive Carajo”», *Historia del Presente*, (39), pp. 97-113. DOI: <https://doi.org/10.5944/hdp.39.2022.40353>

Calvo Salazar, C. (2013): «La Nueva Izquierda Latinoamericana: Características y retos futuros», *Revista Reflexiones*, 88 (1), pp. 55-65. Disponible en: <https://archivo.revistas.ucr.ac.cr/index.php/reflexiones/article/view/11508>

Castañeda, J. (1993): *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, México, Joaquín Mortíz.

Castro, J. E. (2011): «Gaddafi and Latin America», *Society*, (48), pp. 307-311. DOI: <https://doi.org/10.1007/s12115-011-9442-7>

Cepeda Castro, I. (2006): «Genocidio político: el caso de la Unión Patriótica», *Revista CEJIL. Debates sobre Derechos Humanos y el Sistema Interamericano*, (2), pp.101-113.

Comisión de la Verdad y Reconciliación. (2003): *Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. 9 volúmenes. Tomo I. Los periodos de la violencia, Lima, Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Cortina Orero, E. (2017): «Internacionalismo y Revolución Sandinista: proyecciones militantes y reformulaciones orgánicas en la izquierda revolucionaria argentina», *EIAL - Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 28 (2), pp. 80-103. DOI: <https://doi.org/10.61490/eial.v28i2.1521>

Cortina Orero, E. (2022): «Apuntes sobre las experiencias internacionalistas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno en

la Revolución Sandinista», *Araucaria*, 24 (50), pp. 511-534. DOI: <https://doi.org/10.12795/araucaria.2022.i50.21>

Díaz-Maroto I. (2022): «El Batallón América. Un ejemplo de colaboración guerrillera en Colombia», *Araucaria*, 24 (50), pp.561-581. DOI: <https://doi.org/10.12795/araucaria.2022.i50.23>.

Dietrich, L. (2014): «La “compañera política”: mujeres militantes y espacios de “agencia” en insurgencias latinoamericanas», *Revista Colombia Internacional*, (80), pp. 83-133.

Echevarría Jesús, C. (2011): «Libia: Guerra Civil e intervención extranjera», en Ministerio de Defensa. *Panorama Geopolítico de los Conflictos*. Instituto Español de Estudios Estratégicos, pp. 23-39. Disponible en: https://www.ieee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama_geopolitico_2011.pdf

Franco Silva, A. (2023): «La guerra a distancia. El caso de Libia», en A. E. Cerdeña, coord., *Las Guerras del siglo XXI*, México, CLACSO/UNAM, pp. 127-159. DOI: <https://doi.org/10.54871/gs23b10d>

Gadhafi, M. (2009): *El libro verde*, Venezuela, Editorial El perro y la rana.

García Ruiz, M.A, J. C. Prieto Venegas, y A. M. Silva Aparicio. (2018): «La cultura política y el proceso de adaptación partidista de las guerrillas latinoamericanas», *El Ágora USB*, 18 (2), pp. 330-347. DOI: <https://doi.org/10.21500/16578031.3463>

Gómez Montañez, J. A. (2020): «Memoria y verdad histórica en genocidio político de los militantes de la Unión Patriótica en Colombia», *Revista Academia & Derecho*, 11(20), pp. 229-260.

Gosse, V. (2008): «A Movement of Movements: The Definition and Periodization of the New Left», en Agnew, J. C. y R. Rosenzwei, eds., *A Companion to Post-1945 America*, Estados Unidos, Wiley-Blackwell, pp. 277-302.

Grabe, V. (2010): «M-19: De la lucha armada a la renuncia a la violencia», en *IV Jornadas internacionales sobre terrorismo: «los finales del terrorismo. Lecciones desde la perspectiva comparada»*, Zaragoza, Fundación Manuel Giménez Abad.

Grandin, G. (2004): *The Last Colonial Massacre: Latin America and the Cold War*, Chicago, University of Chicago Press.

Halbwachs, M. ([1925]2004): *Los marcos sociales de la memoria*, Venezuela, Anthropos Editorial.

Harmer, T. (2021): «“Seremos Como El Che”: Chilean Elenos, Bolivia and the Cause of Latinoamericanismo, 1967-1970», *Contemporánea*, 7 (7), pp. 45-66. Disponible en: <https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/cont/article/view/1040>

Hermida, M. J. (2024): «Una aproximación Al Discurso de la Junta de Coordinación Revolucionaria (1972-1979)», *Revista de Historia Americana y Argentina*, 59 (2), pp. 1-22. DOI: <https://doi.org/10.48162/rev.44.065>

Hernández, Á. J y García, J. C. (2019): «La crisis en Libia y sus efectos en la región del Sahel», *Revista Criminalidad*, 62 (1), pp. 133-148.

Holguín Pedroza, J. A. y Reyes Sanabria, M. A. (2014): *Militancia urbana y accionar colectivo del M-19 en Cali, 1974-1985. Un enfoque teóricamente*

situado, Tesis de grado, Universidad del Valle, Colombia. Disponible en: <https://hdl.handle.net/10893/24745>

Jaramillo, J. (2007): *La espada de Bolívar*. El M-19 narrado por José Yamel Riaño en conversación con Jaime Jaramillo Panesso, Medellín, ITM.

Lara, P. (1986): *Siembra vientos y recogerás tempestades*, Bogotá, Planeta.

León Palacios, P. C. (2008): «El M-19 y la subversión cultural bogotana en los setenta: el caso de la revista Alternativa», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (35), pp. 189-211. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=127112583006>

Little, D. (2013): «To the Shores of Tripoli: America, Qaddafi, and Libyan Revolution 1969–89», *The International History Review*, 35 (1), pp. 70–99. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/24701340>

Lizarazo Bernal, L. (2017): *Proceso de paz del Movimiento 19 de Abril (M-19) con el gobierno*

de Virgilio Barco. «Subvertir la Paz, Negociar la Democracia». [online]. Disponible en: <http://hdl.handle.net/11349/5859>

Luna Benítez, M. (2006): «El M-19 en el contexto de las guerrillas en Colombia», *Sociedad y economía*, (10), pp. 157-188. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99616145006>

Llona, M. (2012): *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, País Vasco, Argitalpen Zerbitzua, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

Marchesi, A. (2019): *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Martín Álvarez, A., y Rey Tristán, E. (2018): «La dimensión Transnacional De La Izquierda Armada», *América Latina Hoy*, 80, pp. 9-28. DOI: <https://doi.org/10.14201/alh201880928>

Meza Bazán, M. (2012): *El Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) y Las Fuentes De La Revolución En América Latina*,

Tesis doctoral, Centro de Estudios Históricos, México. Disponible en: <https://repositorio.colmex.mx/concern/theses/9s1616520>

Moreno Mancera, J. D. (2021): «El Papel De La AD- M-19 Como Fuerza política Alternativa En La Constituyente De 1991», *Razón Crítica*, (11), pp. 33-64. DOI: <https://doi.org/10.21789/25007807.1742>

Ogunbadejo, O. (1986): «Qaddafi and Africa's International Relations», *The Journal of Modern African Studies*, 24 (1), pp. 33-68. DOI: <https://doi.org/10.1017/S0022278X00006741>

Parra Escobar, E. (1982): «La economía Colombiana 1971- 1981», *Revista Controversia*, (100), pp. 7-97. DOI: <https://doi.org/10.54118/controver.v0i100.882>

Pécaut, D. (2003): *Violencia y Política en Colombia. Elementos de reflexión*, Medellín, Hombre Nuevo Editores.

Ramírez Tobón, W. (1990): *Estado, violencia y democracia*, Bogotá, Universidad Nacional de

Colombia e Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

«Relatos de Campaña: ¡Paso de Vencedores! Batallón América». [blog] (2025, mayo 26). Disponible en: <https://www.oigahermanohermana.org/2015/05/relatos-de-campana-paso-de-vencedores-batallon-america.html> [Consulta: 26 de mayo de 2025]

Reyes, M. A. (2017): «La cultura de la revolución en los Andes: aproximación a las relaciones trasnacionales entre el M-19 y AVC en la década de 1980», *EIAL - Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 28(2), pp. 104-128. DOI: <https://doi.org/10.61490/eial.v28i2.1522>

Ríos Sierra, J. (2023): «La Junta de Coordinación Revolucionaria: Un proyecto frustrado de convergencia guerrillera», *Comillas Journal of International Relations*, (26), pp. 45-61. DOI: <https://doi.org/10.14422/cir.i26.y2023.004>

Ríos Sierra, J. y García Heras, M. (2026): *Guerrillas in Latin America: Cycles of Political Violence, State*

Responses and Transnational Developments, Switzerland, Springer Cham.

Rojas Arias, M. A. (2020, junio 27): «Hace 35 años, el M19 se tomó el municipio de Génova, un sangriento episodio regional que dejó 22 muertos», *El Quindiano*, Disponible en: <https://elquindiano.com/noticia/157480/hace-35-anos-el-m19-se-tomo-el-municipio-de-genova-un-sangriento-episodio-regional-que-dejo-22-muertos/>

Santander, P. (2011): «Por qué y cómo hacer Análisis de Discurso», *Cinta moebio*, (41), pp. 207-224. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-554X2011000200006&lng=es&nr-m=iso

Sujatt, J. A. (2016): «La Junta de Coordinación Revolucionaria (1972- 1979). Una experiencia de internacionalismo armado en el Cono Sur de América Latina», *Cuadernos de Marte*, (10), pp. 107-145.

Teun A. V. (2016): «Análisis Crítico del Discurso», *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (30), pp.

203-222. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45955901010>

Vásquez Perdomo, M. E. (2011): *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* (5ª ed.), Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá-Dirección de Derechos Humanos.

Velázquez, C. A. (2011): *La esquiva terminación del conflicto armado en Colombia*, Medellín, Carrera Editores.

Villamizar, D. (1995): *Aquel 19 será. Una historia del M-19, de sus hombres y sus gestas. Un relato entre la guerra, la negociación y la paz*, Bogotá, Planeta.

Villamizar, D. (2002): *Jaime Bateman. Biografía de un revolucionario*, Colombia, Planeta Colombiana Editorial S.A.

Villamizar, D. (2019): «Colombia: Organizaciones guerrilleras desmovilizadas en los años 90, una aproximación a sus actividades internacionales (Los casos del EPL, CRS, M-19 Y PRT1)», en Arias, E., González Arana, R., Kemner, J. y Peters, S.,

eds., *Violencias y resistencias: América Latina entre la historia y la memoria*, Madrid, Ediciones Doce Calles, pp. 81-108.

Wallace, A. (2011, mayo 25): «Los vínculos de la Libia de Gadafi con las guerrillas de América Latina», *BBC Mundo*. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2011/05/110525_historia_libia_gadafi_guerrillas_america_latina_aw

Zoubir, Y. H. y Murillo, L. (2012): «El colapso de la dictadura de Gadafi ¿Qué futuro para Libia?», *Foro Internacional*, 52 (2), pp. 361-378. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/41636528>

Zuluaga Nieto, J. (1999): «De guerrillas a movimientos políticos. Análisis de la experiencia colombiana: el caso del M-19», en Peñaranda, R. y Guerrero, J., comps., *De las armas a la política*, Bogotá, Tercer Mundo Editores/IEPRI, pp. 1-59.

Anexo

Entrevistados

Nombre	Edad	Origen	Militancia M-19	Puesto-acciones
Libardo Parra (Óscar)	64	Caquetá	1977	Comandante de la columna Antonio José Sucre
Arjaid Artunduaga (Raúl)	70	Pitalito (Huila)	Fundador del M-19	Comando en el robo de la espada de Bolívar. Tesorero y recopilador de la memoria del Eme.
Lucio Cifuentes Peña (Luis)	67	Cali	1979	Militante operativo. Acciones urbanas y actividades sindicales.
Néstor García Buitrago (Beto-Guayabita)	71	Armenia (Quindío)	Fundador Del M-19	Fuerzas Especiales
Fernando Peña	66	Cali	1979	Compañía del comandante Pablo
María Eugenia Vásquez	74	Cali	Fundadora del M-19	Dirección Nacional
Carlos Alonso Lucio	60	Cali	1980	Dirección del M19

Notas

1 Gustavo Rojas Pinilla había gobernado previamente en Colombia entre 1953 y 1957, periodo durante el cual hizo gala, no solo de su marcado carácter populista a través de programas de mejora de la situación de los sectores más desfavorecidos mediante su intervención en salud, educación y bienestar social, sino también de autoritarismo por medio de la censura de los medios de comunicación que se posicionaran en contra del mandatario.

2 En 1961, Gustavo Rojas Pinilla fundó el partido Alianza Popular Nacional, conocido por sus siglas ANAPO. El partido, que contaba con una base social formada por campesinos, obreros y clase media urbana, se trataba de una plataforma de corte populista que trataba de imponerse al Frente Nacional.

3 Por ejemplo, dos de los fundadores del M-19 (Yamel Riaño y Jaime Bateman) pertenecían a la JUCO. En 1966, también Bateman se unió a las FARC—organización de la que fue expulsado por su supuesta autonomía en la toma de decisiones—donde

hizo llegar la idea de la necesidad de potenciar el carácter urbano de la guerrilla.

4 El Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) quedó formalmente establecido a partir del 1966-1967 en torno al grupo el «Coordinador», donde se aglutinaron jóvenes provenientes de diferentes corrientes ideológicas, desde el maoísmo hasta el anarquismo, pasando por el socialismo. Todos ellos admiraban las luchas de los miembros de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA), cuyas reivindicaciones eran dirigidas por Raúl Sendic, uno de los principales dirigentes de lo que sería el MLN-T.

5 Como seguidores del partido Alianza Popular Nacional (ANAPO).

6 Se trataba de una fuerza de seguridad que hacía la guardia a la comandancia y actuaba a las órdenes del comandante general del M-19, Álvaro Fayad.

7 En la entrevista a Libardo Parra, este destaca lo difícil que fue para las FARC y otras guerrillas

marxistas de la Coordinadora, aceptar el nombre de Simón Bolívar, debido al talante nacionalista que estaría aportando a la misma.

8 El Acuerdo de La Uribe fue firmado el 30 de marzo de 1984 por las FARC y el gobierno del presidente Betancur. Con el acuerdo se pactaba el cese de la violencia a partir del 28 de mayo, y se daban a conocer los planes de la guerrilla de participar en la política legal con la creación de un partido político: Unión Patriótica.

9 Carlos Pizarro lideró el Frente Occidental del M-19, que se estableció en el Cauca y mantuvo enfrentamientos significativos con el Ejército Nacional. Entre las acciones que se llevaron a cabo en el frente occidental, destacan el asalto a los municipios de Corinto y Miranda en 1984, así como la Batalla de Yarumales, uno de los enfrentamientos más largos entre la guerrilla y las fuerzas militares de Colombia. El Frente Occidental también trató de fomentar un levantamiento popular, pero no logró el apoyo esperado. Tras este fracaso, en 1988, el M-19 replegó sus fuerzas a la zona para adoptar un enfoque más político

en su lucha, promoviendo el cese al fuego y la búsqueda de la paz.

10 El M-19 tomó el Palacio de Justicia en Bogotá entre el 6 y el 7 de noviembre de 1985. A esta operación la denominaron «Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre». En esta ocasión, el político Andrés Almarales y el guerrillero Luis Otero Cifuentes lideraban a treinta y cinco militantes del M-19 que protestaban por el incumplimiento de la paz firmada, en 1984, por el gobierno de Belisario Betancur. La respuesta militar costó la vida de noventa y cuatro personas.

11 La toma de Génova (departamento de Quindío), el 28 de junio de 1985, realizada por el M-19, puso fin definitivo a la paz firmada con el gobierno de Belisario Betancur. La ratificación de la ley de amnistía (Ley 40 de 1985) había sucedido solo un mes antes de lo ocurrido en Génova. A diferencia de las anteriores, esta última ley sí planteaba la obligatoriedad del desarme de los subversivos junto con la amnistía. El saldo de Génova fueron 22 muertos, 13 policías, 7 guerrilleros y 2 civiles.

12 «¡Guerra a la oligarquía, paz a las fuerzas armadas y vida a la nación!» fue la consigna de Carlos Pizarro, al convertirse en comandante general del M-19, tras la muerte de Álvaro Fayad, el 13 de marzo de 1986. La nueva forma de actuar del M-19 pasaría por dejar de lado el enfrentamiento con el Ejército y comenzar a secuestrar a personalidades relevantes de la sociedad colombiana para pedir un rescate por su liberación. El primero de estos secuestros fue el del líder conservador Álvaro Gómez Hurtado.

13 Como postula el Libro Verde de Gadafi, suponía la fusión de las enseñanzas islámicas con el marxismo.